

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

La chispa que enciende la pradera. Sujeto, teoría y organización en los primeros números de Cristianismo y Revolución (1966 - 1968).

Campos, Esteban (UBA).

Cita:

Campos, Esteban (UBA). (2007). *La chispa que enciende la pradera. Sujeto, teoría y organización en los primeros números de Cristianismo y Revolución (1966 - 1968)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/723>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
TUCUMAN – 19 AL 21 DE SETIEMBRE DE 2007

Título de la ponencia: La chispa que enciende la pradera.

**Sujeto, teoría y organización en los primeros números de *Cristianismo y Revolución*
(1966 – 1968).**

Mesa temática (81): Conflicto y cambio social en la Argentina reciente: de los años 60' a la actualidad. Procesos socioeconómicos, políticos y culturales. Conflictividad social y experiencias obreras y populares.

Pertenencia institucional:

Universidad de Buenos Aires.

Filosofía y Letras.

Departamento de Historia. / Programa de Historia Oral.

Autor: Esteban Campos

Dirección: José Hernández 2681 1 – B (C.A.B.A.)

Tel: 4783 - 4506

Correo electrónico: ejcampos@fullzero.com.ar

Las primeras investigaciones sobre la revista *Cristianismo y Revolución* (C & R) enfatizaron el cruce entre los sectores radicalizados de la Iglesia católica por el Concilio Vaticano II en la década del 60' con los grupos que difundían la metodología de la lucha armada como clave de la revolución en la Argentina. Recorriendo la huella abandonada por Richard Gillespie en su libro sobre Montoneros, la ciencia histórica abrió dos líneas de investigación principales sobre la publicación dirigida por Juan García Elorrio: analizando el papel del cristiano en la revolución, o bien rastreando la ideología de las organizaciones armadas contenida *in nuce* por la revista¹. Ya

¹ V. R. Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, 1987 (págs. 84 – 86). El libro de Gustavo Morello *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina* (UCC, 2003) explica el surgimiento de la revista por causas inherentes al desarrollo del catolicismo post conciliar, más allá de su genuino interés por inscribir el fenómeno en el proceso histórico general. Las monografías de Germán Gil y Laura Lenci son fundamentales para analizar el espacio discursivo de C & R, pero el primero depende de la red conceptual desplegada por la recomposición hegemónica de la democracia electoral con la teoría de los dos demonios, que analizó la historia reciente a través de dicotomías rígidas como autoritarismo / democracia o violencia / consenso. Sólo desde este umbral epistemológico Gil puede sostener que C & R sustituye la política por la ética religiosa, razonamiento que despoja a la revista de una

sea como producto derivado del catolicismo post conciliar, como ejemplo de mesianismo revolucionario o quizás debido al parentesco de *C & R* con el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, la historiografía suele incorporar el presupuesto de que estamos ante una teología política, es decir, un pensamiento que predica a partir de premisas religiosas sus reflexiones sobre el poder, la revolución y las luchas sociales. Sin embargo, ya desde la edición doble del número 2-3 publicada en octubre de 1966 aparecen varios artículos que plantean definiciones políticas en términos propiamente seculares, abordando los problemas de la teoría, el sujeto y la organización en el proceso revolucionario. ¿Cómo se configura una subjetividad política en los primeros números, teniendo en cuenta la unidad del fin revolucionario y la heterogeneidad de las experiencias políticas que describe la revista? Germán Gil sugiere que una característica peculiar del análisis de la realidad en *C & R* es su presentación como enunciador colectivo, que carece de lazos intertextuales y produce unanimidad a partir de un “torbellino de voces”:

*“...sus páginas no darán lugar a ninguna polémica, ni cruces entre diversas voces disidentes. Un halo de invariable unanimidad recorre todos sus números (...) esta unanimidad es un efecto de sentido, un puro producto discursivo o, en otras palabras, **no hay tal unanimidad**. La sensación de consenso es creada en el lector a partir de la ausencia de polémicas en el seno de la revista, lo que, a la larga, provoca el efecto de unanimidad”²*

Ahora bien, tomando nota de sus pasos iniciales a finales de 1966, podemos observar una rápida descomposición del grupo originario que se fractura en febrero de 1968 con la “*rebelión de los enanos*”, en la cual un grupo de noveles militantes entre los que se encontraban Fernando Abal Medina, Norma Arrostito, Emilio Maza, Carlos Ramus y Mario Firmenich rompen con la organización cuestionando la conducción de García Elorrio y su incapacidad para pasar de las acciones de agitación y propaganda a la lucha armada³. Resumiendo los puntos mencionados, como producto ideológico *C & R* produce a través de su discurso un efecto de unanimidad que favorece la constitución de una subjetividad política determinada, pero la ilusión de ese cierre esconde en los propios pliegues de la revista diferencias, matices y articulaciones que hacen posible su

racionalidad política propia y se aplica por extensión al conjunto de las tradiciones revolucionarias seculares, v. G. Gil “Cristianismo y Revolución: una voz del jacobinismo revolucionario en la Argentina”, CEDINCI, 2003. Para una aproximación a la revista en su contexto histórico, v. mi ponencia “Mártires, profetas y héroes. La teoría de la violencia revolucionaria y los arquetipos del compromiso militante en *Cristianismo y Revolución* (1966 – 1968)”. Jornadas del grupo “Hacer la Historia”, La Pampa, 2006.

² Germán Gil, *op. cit.*, pag 6 – 7. El subrayado figura en el original con cursiva.

³ La ruptura se produjo dentro del Comando Camilo Torres, una de las tres organizaciones dirigidas por García Elorrio que participaban en la producción y distribución de la revista. Para una reseña de los diferentes grupos, v. Morello, *op.cit.*, pág. 144 – 145. Sobre la “rebelión de los enanos” en la misma obra v. págs. 149 – 151 o consultar el testimonio

funcionamiento como totalidad. Como hipótesis de trabajo intentaremos probar que el discurso político de *C & R* genera una trama simbólicamente coherente a partir del movimiento de sus propias contradicciones que modifican el lugar de la teoría, el sujeto y la organización, desplazamiento ideológico visible en los artículos políticos del trienio 1966 - 1968. Partimos de las prácticas discursivas en el nivel de la formación de los objetos tomando como ejemplo dos escritos: *Peronismo revolucionario*, de John William Cooke y *América Latina. Teoría y revolución*, de Régis Debray. Reflexionar sobre los textos y sus redes conceptuales nos permite relacionar el conflicto y el cambio social en Argentina en los sesenta con los procesos de lucha de clases a escala continental y mundial.

El poeta maldito del peronismo, o John W. Cooke como lector de Lenin .

“*Los comunistas, en la Argentina, somos nosotros*”

John William Cooke

Si pensamos en que superficie de emergencia o contexto se forman los objetos de *Peronismo revolucionario*, el artículo fue escrito por Cooke a pedido de *C & R* en vísperas del 17 de octubre de 1966, como puede leerse en la contratapa del número 2-3. Juan García Elorrio, Fernando Abal Medina y Norma Arrostito mantenían buenas relaciones con la Acción Revolucionaria Peronista (ARP), organización dirigida por el ex diputado nacional y otrora delegado de Perón junto a su compañera Alicia Eguren⁴. En primer lugar llama la atención la posición del artículo en la revista: un breve testimonio de Evita recordando el 17 de octubre se encadena con el principio de *Peronismo Revolucionario*, que arranca analizando el mismo fenómeno en términos históricos y políticos. Ambos son los primeros ejemplos de un “peronismo explícito” que si bien compartían varios de los integrantes de *C & R*, se había mantenido bajo cuerda en el primer número publicado en septiembre de 1966. Súbitamente la imagen de Evita hace las veces de cuerpo místico del movimiento, uniendo peronismo, tradición y revolución, función que sirve para exorcizar la progresiva marginalidad en la que ha caído Cooke hacia 1966, exiliado en Cuba, eclipsado por el sindicalismo vandorista y degradado por el propio Perón con el que había cortado su relación epistolar en enero del mismo año⁵.

de Graciela Daleo en *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina (1966 – 1973)* Tomo I Ed. Norma, 2004, pág. 172 – 173.

⁴ Richard Gillespie, *John William Cooke. El peronismo alternativo*. Ed. Cántaro, 1989, pág. 35.

⁵ V. Gillespie, *op. cit.*, pág. 65, y Ernesto Goldar, *John William Cooke y el peronismo revolucionario*, CEAL, 1985, págs. 14 – 15. Para un resumen de su biografía, v. de Roberto Baschetti, “John William Cooke: una historia de vida y

¿Cuál es el sujeto revolucionario en Cooke? Siguiendo a Gillespie, podemos dividir la evolución de sus ideas en tres etapas principales, en las que se verifican rupturas y continuidades: de 1946 a 1955, Cooke desarrolla su actividad parlamentaria concibiendo al peronismo como parte de una tradición nacional y popular cuya genealogía se remonta a Hipólito Yrigoyen. En ese contexto se insertan sus primeras lecturas de Marx, Engels, Hilferding y Lenin sobre el desarrollo capitalista y su etapa imperialista, pero la primacía de la contradicción imperialismo – nación borra cualquier tipo de análisis basado en la lucha de clases. Es a partir del derrocamiento de Perón en 1955 cuando se inicia la radicalización del pensamiento de Cooke, mientras intenta coordinar a los diversos grupos que inician la resistencia peronista al régimen militar. En su correspondencia con Perón entre 1955 y 1958, el delegado desarrolla una compleja teoría de la insurrección que Horacio González compara con la imaginación literaria de un vasto “plan de operaciones”⁶. En esta bisagra histórica tanto Perón como Cooke emplean metáforas insurreccionales extraídas del marxismo ruso, en particular Cooke muestra sus lecturas de Lenin y Trotsky⁷. Tras el fracaso de la política abstencionista que conduce apresuradamente al pacto Perón – Frondizi, la Revolución cubana implica un nuevo giro en su pensamiento que incluye una valoración crítica del Partido Comunista, la afirmación de la clase obrera no sólo como columna vertebral del peronismo sino como sujeto revolucionario, y la necesidad de una organización autónoma de los trabajadores para romper con la burocracia política y sindical del movimiento⁸.

Con este marco podemos dar comienzo al análisis del artículo escrito en octubre de 1966. En principio Cooke recuerda la comunión espiritual entre radicalismo plebeyo y peronismo, situando

lucha”, en Miguel Mazzeo (comp.), *Cooke, de vuelta (El gran descartado de la historia argentina)*. La Rosa Blindada, 1999.

⁶ Horacio González, “La revolución en tinta limón. Recordando a Cooke”, en *Unidos*, nro. 11 / 12, págs. 31 – 32, nota 1 (1986). La comparación con Moreno aún siendo anacrónica expone una veta de pensamiento excepcionalmente “jacobina” en Cooke, lanzado entre la cárcel y el exilio a la utópica tarea de concebir una insurrección combinando los aportes del movimiento obrero encuadrado por la CGT, las acciones de los comandos barriales y de la Alianza Libertadora Nacionalista dirigida por Guillermo Patricio Kelly. Más interesante por su paralelo con los temas de la narrativa de ficción es pensar junto a González esa bizarra coyuntura de la correspondencia Perón – Cooke como un cruce entre los temas de Borges y los temas de Perón: en “Tlon, Uqbar, Orbis Tertius” Borges narra la sustitución de un orden empírico en el clima caótico de la Primera Guerra Mundial por un orden imaginario que no puede asimilar en el idealismo de sus figuras la contradicción o la anomalía (V. H. González, *op. cit.*, pág. 71, nota 22, y Jorge Luis Borges, *Ficciones*, Emece, 1965, págs. 13 – 34). Cabe preguntarse si esa licencia utópica que se toma Cooke no fue un momento de exceso necesario para poder realizar la transición entre el legislador que defiende públicamente la equiparación entre salarios y productividad en 1954, al luchador comprometido con la Revolución cubana (v. R. Gillespie, *op. cit.*, pág. 46).

⁷ H. González, *op. cit.*, pág. 58, nota 3.

⁸ Para el “giro marxista” de Cooke v. su informe sobre el PCA dirigido a Fidel Castro y el Che Guevara en 1962, donde emplea citas de Lenin. Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci: “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, en *Pensamiento de los confines* nro. 14, FCE, 2004, y de M. Mazzeo, “John William Cooke. El signo de las determinaciones dialécticas”, en Mazzeo, *op. cit.*, págs. 128 – 143.

históricamente la irrupción de las masas en la política argentina entre la muerte de Yrigoyen en 1933 y el 17 de octubre de 1945. Es un discurso con premisas fundacionales que si bien pone el corazón de su argumento en la lucha de clases dentro del movimiento peronista, alude directamente a “*las clases trabajadoras*” en una sola ocasión, mientras la enunciación se ahoga en una polifonía de categorías políticas modernas y premodernas tales como “*masas*”, “*ciudadanía*”, “*muchedumbre*” y “*multitud*”. Para entender el sentido de esta sustitución podemos seleccionar algunos pasajes que extraen lo fundamental de las tesis de Cooke:

“..La antinomia peronismo vs. antiperonismo no es una caprichosa creación del carácter de los argentinos, sino la forma concreta en que se da la lucha de clases en este período (...) responde a una contradicción insoluble entre un régimen capitalista que ha agotado su programa y vive en crisis permanente, y las fuerzas cuyas reivindicaciones no tienen satisfacción posible dentro del contexto de esa institucionalidad (...) Por lo tanto, el peronismo es, por su composición social y sus luchas, revolucionario por esencia”⁹.

¿Esto quiere decir que el “giro marxista” de Cooke en realidad no fue tal, ya que no define con claridad la naturaleza de la clase obrera como sujeto revolucionario? Por el contrario, para Cooke el golpe militar de 1955 refleja el agotamiento del régimen capitalista y la agudización de contradicciones que ya no pueden ser absorbidas por un poder estable. La persecución desatada por la oligarquía y el imperialismo contribuye a desnudar la verdad del peronismo: expulsados del paraíso estatal, dividida su clase política, proscriptos los dirigentes sindicales y con su líder exiliado, sólo quedan las masas con su terca resistencia, incapaces de ser asimiladas por el sistema. Y la masa popular es una esencia inmutable que va adquiriendo contornos clasistas a medida que la lucha le permite depurar sus ocasionales accidentes, pero que aún es incapaz de trasmutar la rebeldía en revolución:

“..el régimen, mediante el manejo del aparato estatal y cultural, demora la toma de conciencia de las masas (...) Lo que llamamos ‘burocracia peronista’ es, en síntesis, una capa dirigente que opera con los mismos valores del enemigo y es incapaz por lo tanto, de conducir a las bases a la toma del poder, sin lo cual no hay salida ni para las clases trabajadoras ni para el país, pues ya hemos entrado en una etapa en que no hay nacionalismo burgués sino que revolución social y liberación nacional no son objetivos diferenciables, sino dos aspectos de un mismo proceso indivisible”¹⁰

⁹ *Cristianismo y Revolución*, CEDINCI, 2003 (ed. digitalizada), nro. 2-3, pág. 10 (14 del original).

¹⁰ *Cristianismo y Revolución*, nro. 2-3, pág. 10 (15 del original). En su informe sobre el PCA Cooke es aún más explícito sobre la relación entre tarea insurreccional y clase obrera.: Cooke, *op. cit.* pág. 157.

Cooke tiene dos respuestas para transformar el número en fuerza atravesando el límite que separa a la masa rebelde de la clase revolucionaria: la teoría y la organización. En consecuencia, la segunda parte del artículo abunda en referencias veladas al *¿Qué hacer?* de Lenin¹¹. Publicado por primera vez en Alemania hacia 1902, este clásico del marxismo revolucionario criticaba a un sector de la socialdemocracia que consideraba a las contradicciones en la estructura económica como mecanismo de la revolución socialista, limitándose a apoyar el movimiento espontáneo de la clase obrera. Lenin observa que abandonado a su suerte el proletariado no supera el horizonte económico de sus reivindicaciones, mientras que la burguesía depende demasiado del capital extranjero como para cumplir las tareas de la revolución democrática que preceden al socialismo. Un tema recurrente en los debates políticos de la II Internacional que está en la base del discurso de Lenin y de Cooke es la existencia de una escisión entre la naturaleza de clase de la tarea revolucionaria y el agente histórico que ha de llevarla a cabo¹². En el caso de Lenin la impotencia de la burguesía y la inmadurez “economista” del proletariado guiado por falsos profetas es salvada saltando del plano social al político mediante el partido de vanguardia. Cooke caracteriza al peronismo como un “gigante invertebrado y miope”: es revolucionario pero no está organizado adecuadamente para las tareas revolucionarias¹³. El agente que abdica de su posición “normal” como conductor del proceso de cambio no es la burguesía -que en el análisis de Cooke ya cumplió la tarea de consolidar el capitalismo argentino- sino las capas burocráticas del movimiento y el propio Partido Comunista, “aliado indispensable por sus vinculaciones con el socialismo internacional”¹⁴. La plenitud ausente que encarna el proletariado ruso (clase universal objetivamente revolucionaria por su posición en el proceso de producción, pero incapaz de tener voz propia como sujeto político) es una carencia análoga al retrato del peronismo como “hecho maldito del país burgués”. En una carta que envía a Perón en agosto de 1960 se explica el contenido de la metáfora:

“Como surgimos junto con la terminación de la guerra, en cierta forma somos el ‘movimiento maldito’ (...) La oligarquía argentina nos combatió, movilizando a las oligarquías de cada país. El imperialismo nos difamó. Pero como las ‘izquierdas’ argentinas también procedieron de acuerdo a la valoración extranjerizante y creyeron que bastaba trasladar a la Argentina el esquema de

¹¹ V. Lenin, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Ed. Anteo, 1960.

¹² Ernesto Laclau, *Hegemonía y estrategia socialista*. FCE, 2004, págs. 160 – 164. El terreno de las luchas sociales en el siglo XX es el desarrollo desigual y combinado en la época del imperialismo, que determina la dispersión de las posiciones de sujeto en la estructura social -burguesía débil, proletariado inmaduro, masas campesinas aisladas en comunas medievales- La dislocación del país dependiente fuerza el divorcio entre los agentes concretos que ocupan esa posición genéricamente y sus objetivos, desviados de su desarrollo “normal” aparente –la evolución seguida por los países de Europa occidental-.

¹³ R. Gillespie, *op.cit.*, pág. 75.

¹⁴ J.W.Cooke, *op. cit.*, pág. 165.

*Europa, resulta que también ellas fueron propagandistas del antiperonismo. Quedamos entre dos fuegos: el del imperialismo y el de las izquierdas*¹⁵

La categoría de maldición para definir al movimiento es sintomática de una identidad de frontera que se revuelve incómoda entre el discurso peronista y la izquierda nacionalista¹⁶. El gran “equivoco” del peronismo como fuerza social que enfrenta al imperialismo objetivamente, pero no se convierte en “clase-para-sí” –no se comporta como sujeto político autónomo ni toma conciencia de su papel revolucionario- hace que Cooke considere su situación de frontera equivalente a la trayectoria de los “poetas malditos” como Baudelaire o Rimbaud a fines del siglo XIX, que se arrojaron a una experiencia individual de autodestrucción tras el fracaso de sus aventuras revolucionarias en la Comuna de París¹⁷. El rescate de la subjetividad revolucionaria frente al desencuentro entre clase social, tarea revolucionaria y agente político se logra con la organización y la teoría, elementos que desarrolla Cooke en la última parte de *Peronismo revolucionario*:

*“El peronismo revolucionario es una vanguardia que busca reconciliar la política del movimiento con el verdadero papel que este tiene en el enfrentamiento de las fuerzas sociales (...) Mientras el peronismo no se estructure como ‘partido revolucionario’ –es decir, con una política revolucionaria entendida como unidad de teoría, acción y métodos organizativos- seguirá librado al espontaneísmo, a la yuxtaposición de tácticas que no se integran como estrategia”*¹⁸.

Este es uno de los fragmentos más “leninistas” del ex delegado de Perón, que realiza una traducción peculiar del *Que hacer*. Si bien la revolución no depende exclusivamente de las masas sino de una dirección política, la necesidad histórica de esta vanguardia no es “providencial” ni esta compuesta por un grupo de “predestinados” afirma con ironía. Ernesto Goldar advierte que en los escritos de Cooke no hay un relevo explícito de la relación entre partido, vanguardia y masas ni se define una *forma* particular de organización como premisa: la política insurreccional dentro del movimiento *es* el partido que define el método de lucha creando las condiciones para que la vanguardia florezca como producto histórico. La evasión del problema en sus aspectos formales y el acento en el proletariado constituido políticamente “desde abajo” sin un agente mediador exterior a

¹⁵ H. González, *op.cit.*, pág. 68, nota 17.

¹⁶ Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina (1955 – 1965)*, Temas Grupo Ed., 2001, pág. 60.

¹⁷ H. González, *op. cit.*, pág. 68, nota 17. Para el concepto de “clase-para-sí” v. C. Marx, *Miseria de la filosofía*, Ed. Progreso, 1981, pág. 141. Sobre poetas malditos, v. John W. Cooke, “Apuntes sobre el Che”, en *La escena contemporánea. Revista de política*, nro. 3 (octubre de 1999), págs. 105 – 124, con una glosa necesaria para diferenciar la actitud del Che como hombre de acción, y el comportamiento de los poetas malditos como evasión tras una revolución fracasada. ¿Es posible que a pesar de su intensa actividad política Cooke sintiera culpa por no alcanzar la silueta política del Che, identificándose finalmente con los desencantados comuneros derrotados en 1871?

¹⁸ *Cristianismo y Revolución*, nro. 2 – 3, pág. 10 (16 del original).

la clase, lo acerca por analogía a la teoría de la organización en Rosa Luxemburgo o Antonio Gramsci más que a Lenin¹⁹.

¿Qué lugar ocupa la teoría en el imaginario de Cooke? Miguel Mazzeo sostiene que las lecturas de Marx, Engels, Lenin, Gramsci y Rosa Luxemburgo deben comprenderse dentro de un proceso general en que la denominada “izquierda peronista” incorpora nociones políticas básicas del marxismo leninismo²⁰. En esa dirección, Cooke vincula el marxismo con un concepto de revolución atravesado por la acción como punto de referencia:

“Puesto que las masas no absorben el conocimiento como una pura teórica sino mezclado con la acción, la nuestra no es una obra de pura predicación sino de militancia combativa y de difusión de las verdades esenciales que eleven el nivel de conciencia de los sectores que tienen la misión de construir la nueva sociedad en un país liberado (...) Es preciso que demos el paso de la rebeldía a la revolución, que no se produce espontáneamente o por revelaciones que automáticamente surjan de la práctica de las masas, sino por la elaboración teórica que es parte substancial de la conducción”²¹

En el nivel de la teoría aparece la misma tensión entre la vocación práctica de Cooke por la organización-proceso y su necesidad de afirmar al peronismo como partido revolucionario contra la razón burocrática del movimiento. Del otro lado, la teoría es una “guía para la acción” inseparable de la experiencia peronista, pero al mismo tiempo es responsabilidad de la conducción, tiene un lugar propio aunque su tiempo y su dimensión de verdad reposa en la lucha y la acción²². En síntesis, *Peronismo revolucionario* sitúa a la teoría y la organización de acuerdo a los principios del marxismo leninismo, pero sus citas veladas siempre concluyen con algún “pero” o advertencia que

¹⁹ E. Goldar, op.cit., pág. 18. En sus *Apuntes a la crítica del reformismo en la Argentina*, Cooke sostiene que “*En la lucha insurreccional tanto en sus aspectos centrales como en las acciones marginales de agitación, propaganda, etc., únicamente el proletariado puede asumir el rol de vanguardia*”, en Cooke, op.cit., pág. 157. Gramsci emplea en varios escritos una definición muy flexible para definir al partido como constitución del proletariado en voluntad colectiva: un organismo de prensa es capaz de asumir contenidos partidarios de clase, e incluso el movimiento libertario que se ubica en los márgenes del sistema como “antipartido” conforma un partido, v. *Escritos políticos (1917 – 1933)*, S. XXI, 1998, pág. 361 y “El partido político” en *La política y el estado moderno*, Ed. Península, 1971, págs. 83 – 91. Para Rosa Luxemburgo, que critica tanto la burocratización de la socialdemocracia alemana como la centralización del partido leninista, el partido revolucionario es una “organización-proceso”, un producto histórico de la lucha de clases. V. Daniel Bensaid y Alain Nair “El problema de la organización: Lenin y Rosa Luxemburgo” en AAVV, *El desafío de Rosa Luxemburgo*. Bs. As., Proceso, 1972, págs. 188 – 189.

²⁰ M. Mazzeo, op. cit., pág 128 - 129. ¿Es posible diferenciar a Lenin y su derrotero teórico modificado por la práctica política de la construcción posterior de una ortodoxia “marxista leninista” cristalizada como dogma por el estalinismo? Así Cooke sería más fiel a Lenin cuando menos “leninista” es y se preocupa de adaptar sus principios al capitalismo argentino. V. S. Zizek, *A propósito de Lenin*, Atuel, 2004, pág. 43. Para una interpretación contraria donde los principios de Lenin son generalmente aplicables a cualquier situación revolucionaria, v. Bensaid y Nair, op. cit., págs. 172 – 174.

²¹ *Cristianismo y Revolución*, nro. 2 – 3, pág. 10 (16 del original).

²² J.W.Cooke, op.cit., pág. 152.

exorciza al peronismo de los errores históricos del PC, aislado de la clase obrera por su dogmatismo y su filiación con el sistema democrático burgués de partidos políticos. La función del texto no es brindar lecciones sobre estrategia, sino ofrecer una suerte de introducción de carácter general a los principios del peronismo revolucionario, en el contexto histórico de reunión con la simbología peronista del 17 de octubre y de separación con los sectores más burocratizados del movimiento.

Hombres y engranajes. Regis Debray y la voluntad revolucionaria.

“Cuando los campesinos reciben los fusiles, los viejos mitos palidecen, las prohibiciones desaparecen una por una; el alma de un combatiente es su humanidad. Porque, en los momentos de la rebelión, hay que matar”

Jean Paul Sartre. Prólogo a *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon (1961).

En esta segunda y última parte del trabajo vamos a observar el desplazamiento ideológico que aparece en el discurso político de *C & R* hacia fines de 1967 con la inclusión del artículo de Regis Debray *América Latina. Teoría y revolución*, extraído de una entrevista realizada al filósofo y activista francés por el diario cubano *Granma*²³. Comparamos las reglas formativas que fijan un lugar y un valor diferenciales al sujeto, la teoría y la organización respecto de la red conceptual provista en 1966 por John W. Cooke con *Peronismo revolucionario* para demostrar que el discurso político de *C & R* genera una trama simbólicamente coherente a partir del movimiento de sus propias contradicciones. ¿Que entendemos por contradicción en el terreno del discurso? En la *Arqueología del saber*, Michel Foucault considera que el análisis de la contradicción es inmanente al discurso: no refleja simplemente la noción de que lo real es contradictorio, sino que verifica el hallazgo empírico de contradicciones en lo real²⁴. La contradicción se deriva de oponer dos tesis con un manejo

²³ Regis Debray nació el 2 de septiembre de 1940 en el seno de una familia de la alta burguesía vinculada al *establishment* político y católico de Francia. Educado en la prestigiosa Escuela Normal Superior y discípulo del filósofo marxista Louis Althusser, en 1961 viajó por primera vez a Cuba, tuvo acceso a documentos inéditos del proceso revolucionario y recorrió América Latina buscando información sobre los movimientos revolucionarios de varios países. En 1965 publicó *El castrismo: la larga marcha de América Latina* y en enero de 1967 *Revolución en la revolución*, un ensayo donde aborda los problemas estratégicos de la lucha armada como vía al socialismo y elabora la teoría del foco guerrillero. En abril del mismo año fue detenido en Bolivia, acusado de haber participado en la guerrilla del *Che*, preso durante tres años y liberado tras el golpe militar del general Juan José Torres. En 1974 escribió *La crítica de las armas*, continuando su profesión como escritor y enrolándose varios años después en las filas del Partido Socialista. V. Regis Debray, *Revolución en la revolución*. Introducción de Roberto Fernández Retamar en *Lucha Armada en la Argentina* nro. 1, pág. 122 y www.regisdebray.com y www.rebellion.org.

²⁴ Michel Foucault, *La arqueología del saber*. S. XXI, 2002, págs. 250 – 252. Foucault diferencia claramente prácticas discursivas de prácticas extradiscursivas, de modo que el problema sobre si lo real es *en si* contradictorio o si simplemente existen contradicciones en lo real refiere a la polémica abierta dentro del Partido Comunista Italiano por el

diferencial de los objetos, que constituyen un “espacio de disensión”. Esta metodología nos permite ir más allá del efecto de unanimidad producido por el edificio textual de *C & R*, tan compartimentado como la organización celular del Comando Camilo Torres. Un análisis en torno a los ejes de *América Latina. Teoría y revolución* nos va a permitir comparar en que escala se diferencia este documento de aquel publicado por John W. Cooke en 1966. Aparece en el número cinco de la revista, ejemplar que contiene un comunicado del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia conducido por los hermanos Peredo, y la declaración general de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) que se había reunido en Cuba contando con la presencia de John W. Cooke y R. Debray.

El segundo párrafo de la entrevista comienza con un título provocador, “Militantes y hombres de acción”: aquí Debray polemiza con Jean Paul Sartre en su prólogo al libro de Roger Stéphane *Retrato del aventurero*, donde Sartre contrapone el militante del partido concebido como aparato organizativo -intercambiable, mecanizado, desprovisto de individualidad y creatividad- al “hombre de acción” que a través de hechos y realizaciones arbitrarias opera sobre la historia. Para Debray la Revolución cubana rompe con esa dicotomía, ya que la mística del hombre nuevo combina los recursos de la militancia clásica con la introducción de los estímulos morales en la producción de bienes materiales y espirituales, transformando las relaciones no sólo entre el hombre y la producción sino *en el interior* de la humanidad, entre el hombre y la mujer, en la relación de la vida con la muerte. De este modo la entrevista editada por *C & R* organiza los temas de modo diferente al artículo de Cooke al no partir de un acontecimiento fundacional como ocurría con el 17 de octubre, que trataba de inscribir a la incipiente izquierda peronista en las tradiciones de lucha obrera como intérprete de un sujeto *sustancialmente* revolucionario (la clase obrera para Marx, que como clase-en-si porta el fundamento de la emancipación global de la sociedad en sus propias condiciones de existencia). En Debray no va a ser un sujeto específico sino una forma de lucha –la metodología, la organización y la experiencia de la lucha armada cristalizada en el foco guerrillero- el resorte vital de los procesos revolucionarios en el Tercer Mundo²⁵. En si mismo, el sujeto de Debray no tiene

ataque de Lucio Coletti a la dialéctica hegeliana como matriz idealista de la estructura filosófica del marxismo, v. Ernesto Laclau, *op. cit.*, págs. 164 – 170.

²⁵ Partimos de la lectura que Slavoj Zizek hace de Hegel, en la cual la propia sustancia se recorta como sujeto cuando se desarrolla a si misma, pone su otredad y vuelve a unirse con ella como *deseo* o ilusión de totalidad, mediante una escisión entre lo universal dado y la forma particular que asume cada sujeto, v. Z. Zizek, *El espinoso sujeto*, Paidós, 2007, pág. 88. Para Hegel la reconciliación entre lo particular y lo universal es posible a través del universal concreto, mientras que para Zizek se trata de una ficción performativa, inherente a la constitución de toda identidad. Por otro lado, un sujeto no es equivalente a una sustancia, es decir, un individuo o una clase social no tienen existencia propia ni fundamento en si mismos, ya que no son independientes del plano relacional que los configura como tales (por ejemplo, este problema ya fue puesto a prueba cuando tratamos la tensión entre clase y partido revolucionario). Alain Badiou afirma “Llamo sujeto a toda configuración local de un procedimiento genérico que sostiene una verdad (...) Un sujeto

arraigo en ninguna sustancia social particular, sino que depende de un acto contingente de decisión que va más allá de cualquier posición de sujeto:

“Fidel y el Che demostraron que hay ´locuras´ valederas y que el único modo de cobrar los dividendos de la acción es no querer hacer la revolución con una mentalidad de usurero. El ´realismo´ de los pícaros es el reverso político de un idealismo sin agarre real en la historia; la eficacia revolucionaria nunca está de su parte, no hacen nada”.²⁶

Este acento puesto en la acción con el elogio de la locura como metáfora para romper los engranajes de la militancia clásica -evadiendo el significante “aventura” tan devaluado por el vocabulario político marxista- el énfasis en la transformación como acto de voluntad plasmado en la frase “querer hacer la revolución”, colocan como interlocutor inmediato de Debray a las izquierdas partidarias, al tiempo que dirige su replica a un destinatario en pleno proceso de politización capaz de definir su identidad política tanto bajo el ala de la izquierda tradicional como en las formaciones políticas de la nueva izquierda. Esta modalidad de enunciación es un rasgo que coincide con la escritura de John William Cooke, pero si este intenta establecer una frontera para dialogar animado por la Revolución cubana, o bien para romper lanzas en los debates políticos de las izquierdas compartiendo una misma panoplia de armas teóricas, en Debray ya se advierte una sensible ruptura epistemológica con el marxismo occidental en general y con el estructuralismo en particular. El quiebre asume rasgos peculiares vinculados tanto al rechazo del intelectualismo que se revela en su actitud de “ir al pueblo” en una posición ambigua de militante y observador participante, como con sus orígenes intelectuales entre los discípulos de Althusser²⁷. Si bien Debray valora su iniciativa para superar “el cáncer teórico” del marxismo aunque “en un nivel puramente filosófico”, el lugar reservado a la teoría en el texto margina su aporte en dirección a reconciliar la especulación con la experiencia. La concepción de sujeto que vemos en la cita de Debray contiene una premisa semejante a la que presidió la parcial liquidación de la herencia althusseriana realizada por la filosofía posestructuralista, es decir, con aquellos discípulos de Althusser que se quedaron en Francia o con los intelectuales colonizados que asumieron como propio el cambio de paradigmas en el campo académico. ¿Qué tienen en común Etienne Balibar, Jacques Ranciere, Alain Badiou y Ernesto Laclau? Para Slavoj Zizek, las obras de estos pensadores se caracterizan por el distanciamiento parcial o total, rápido o gradual, velado o explícito que asumieron en relación a Althusser. Tomando

no es una sustancia. Si la palabra sustancia tiene algún sentido, es el de designar un múltiple contado por uno en una situación”, v. A. Badiou, El ser y el acontecimiento, Ed. Manantial, 1999, pág. 431.

²⁶ *Cristianismo y Revolución*, nro. 5, pág. 13 (25 del original).

²⁷ Oscar Terán, “Lectura en dos tiempos” en revista *Lucha armada en la Argentina*, nro. 1, pág. 12.

como ejemplo a Badiou y a Laclau, el filósofo esloveno reconstruye el cordón umbilical que une a estos tres mosqueteros del posestructuralismo (que como la novela de Alejandro Dumas esconde a un cuarto extranjero):

*“...el problema consiste en quebrar el campo ontológico cerrado en sí mismo como una descripción del universo positivo; en ambos casos la dimensión que socava el cierre de la ontología tiene un carácter ético: concierne al acto contingente de decisión contra el fondo de la multiplicidad indecidible del ser; en consecuencia, ambos autores intentan conceptualizar un modo nuevo de subjetividad poscartesiano, que corte sus vínculos con la ontología y gire en torno a un acto contingente de decisión”*²⁸

¿No es Debray un hijo no reconocido de estas concepciones? En el comienzo, Althusser había construido un universo de determinaciones positivas, donde la ciencia como práctica teórica emancipadora aparecía claramente separada de la ideología como apariencia o falsa conciencia. Esto justificaba la posición concreta del Partido Comunista Francés como vanguardia del proletariado y a la vez el lugar de Althusser como dirigente político y teórico del PCF, pero Debray cuestiona aquellas corrientes del marxismo leninismo en las que la teoría no contribuye a crear las condiciones para la lucha armada en dirección a la toma revolucionaria del poder. ¿No es el de Debray un “decisionismo” de izquierda, que a través de un acto volitivo busca emanciparse de la “ontología” y la “multiplicidad indecidible”, es decir, de las condiciones objetivas establecidas como algo *a priori* por la teoría revolucionaria?²⁹ A la vez, los estímulos morales de la Revolución cubana reemplazan al aparato partidario, es decir, el acto ético de decisión suspende temporalmente a la política entendida en sus elementos formales. Si bien durante la Revolución cubana el Movimiento 26 de Julio incluyó en su construcción política a parte de las antiguas estructuras partidarias tras el derrocamiento de Batista, aquel equilibrio entre el militante y el hombre de acción que aparecía en el principio del texto sufre un ligero desplazamiento de sentido en beneficio del segundo:

²⁸ Z. Žižek, *op.cit.*, pág. 185 (“decisión” y “subjetividad” están marcados en cursiva en el original). La idea del “intelectual colonizado” no es analizada aquí peyorativamente, más bien ubica las coordenadas del pensamiento crítico en la periferia y la relación especular que a menudo se produce con la producción del campo intelectual en los países centrales. V. Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, cap. IV “Sobre la cultura nacional”, FCE, 1972, págs. 188 – 227.

²⁹ La categoría de “decisión” fue empleada originalmente para definir los actos de soberanía por parte del Estado más allá del formalismo legal, y pertenece al pensador conservador Carl Schmitt, v. *El concepto de ‘lo político’ Teoría del partisano. Notas complementarias al concepto de lo ‘político’*, Folios Ediciones, 1984.

*“En Cuba, la oposición de Sartre entre militante y hombre de acción no resiste la prueba. **Los hombres de acción que tomaron el poder político con el pueblo se han revelado como los más eficaces de los militantes**” (subrayado en el original) ³⁰*

La distancia entre los dos términos se suprime para reemplazar al militante por el hombre de acción, que es en realidad el mejor de los militantes. Pero volviendo al tema de la posición de sujeto, ¿este hombre de acción no tiene raíces? Si el sujeto poscartesiano no cristaliza como sustancia, ¿es posible concebir un sujeto sin fundamento, absolutamente desterritorializado? Aquí vale la pena cambiar la lente de nuestro análisis enfocando los lazos intertextuales que se tienden a otros géneros y especies de la literatura revolucionaria, en especial las referencias de Debray a *¿Revolución en la revolución?* Si bien la clave del guerrillero es su movilidad constante, la exaltación romántica de la montaña y de las zonas rurales como el lugar físico donde se *fija* el temple revolucionario de la guerrilla ofrece como reflejo invertido a la ciudad como nido de dinero y corrupción, donde incluso el proletariado corre el riesgo de aburguesarse:

“La ciudad –dice Fidel- es un cementerio de revolucionarios y de recursos. (...) ¿Cómo un habitante de esas ciudades por marxista-leninista que sea, podrá adivinar la importancia vital de un metro cuadrado de nylon, de un pote de grasa de fusil, una libra de sal, de azúcar y de un par de botas? (...) todo hombre, aunque sea un camarada, que se pasa la vida en la ciudad, es un burgués sin saberlo en comparación con el guerrillero... (...) El hombre de ciudad vive como consumidor. Basta un billete en el bolsillo para tener con que pasar el día...”³¹

En síntesis, el sujeto de Debray tiene efectivamente una sustancia que adquiere colores políticos en función de una práctica (la lucha armada), una organización (la guerrilla) y un territorio (el campo) con la ciudad como sitio complementario de acciones bélicas, trabajo político y aprovisionamiento. Este ser modelado por las condiciones geográficas y por la acción puede ser habitado por un agente concreto de clase: obreros, campesinos o sectores de la burguesía, pero en última instancia, como afirma Oscar Terán en su lectura de *¿Revolución en la revolución?* “ya no es la ubicación en el modo de producción lo que constituye a los sujetos de clase”³². Una vuelta de tuerca en la misma línea sería afirmar que en consecuencia, ya no es la clase social -la línea divisoria entre explotadores y explotados, el lugar en el proceso de producción- lo que define al ser

³⁰ *Cristianismo y Revolución*, nro. 5, pág. 13 (25 del original). El M-26, liderado por Fidel y Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y el Che Guevara combinaron su forma de organización político militar con las estructuras del Partido Socialista Popular para tener una relación orgánica con los sindicatos y construir una nueva hegemonía tras el derrocamiento de Batista. Para la cita de Fidel Castro donde define al M-26 como movimiento revolucionario, v. Luis Vitale, *De Bolívar al Che. La larga marcha por la Unidad y la Identidad Latinoamericana*. Bs. As, Ed. Cuscaña, 2002, págs. 179 – 180.

³¹ Regis Debray, *op. cit.*, pág. 137.

revolucionario, puesto que Debray invierte la proposición. Es el acto de voluntad de tomar las armas para “ir al monte” lo que define el ser revolucionario y su conciencia de clase.

¿Qué tipo de organización es la preferida por Debray? Aquí ya tenemos un primer nivel de contradicción con el artículo analizado en la sección anterior. A pesar de su simpatía por la Revolución cubana, Cooke nunca fue “foquista”, ni tuvo a la guerra de guerrillas como preocupación central, ya que en líneas generales su argumentación pone en primer lugar al sujeto revolucionario (la clase obrera), luego a la estrategia vinculada a una tarea revolucionaria (el método insurreccional, que incluía la lucha armada a través de comandos urbanos) y por último la toma revolucionaria del poder. Por el contrario, Debray invierte los términos: si “la revolución socialista es el resultado de una lucha armada contra el poder armado del estado burgués”, el combate librado por la organización guerrillera desde las zonas rurales pasa de los aspectos tácticos (una forma de lucha especial destinada a solucionar un problema específico de la estrategia revolucionaria global) a convertirse en clave estratégica general, definiendo no sólo el tipo de organización sino también el *status* de la teoría y la caracterización de los sujetos más aptos para llevar adelante la guerra popular³³. Si en la estrategia de Cooke construir un aparato político era indispensable como lugar de encuentro entre teoría, acción y métodos organizativos³⁴, en este artículo el eje es la creación de una *subjetividad* guerrillera en tensión permanente con el lugar subordinado que ocupaba la lucha armada, relegada a un problema táctico para los partidos de izquierda marxistas, al menos hasta la aparición del PRT-ERP en 1970³⁵. De allí que su autor utiliza como vimos una argumentación que mantiene el equilibrio entre aquella subjetividad (con la metáfora del “hombre de acción” como universal) y la forma partido (simbolizada en la figura del militante como nombre particular). Sin embargo, como pudimos advertir esta fusión rápidamente sustituye uno de los términos por el otro a través de una operación retórica que sólo podemos ver comparando dos tramos del mismo texto:

³² O. Terán, *op.cit.* pág. 14.

³³ Si bien Debray utiliza términos como “guerra del pueblo” y recorre la experiencia de los movimientos de China y Vietnam, elogia que los cubanos no hayan podido leer los escritos militares de Mao Zedong, criticando la aplicación dogmática de la experiencia china a la realidad latinoamericana, v. Debray, *op.cit.*, pág. 123. Sobre el supuesto foquismo de Cooke, Gillespie afirma por un lado que la ARP dirigida por Cooke era “un comité organizador, unido por una fe casi religiosa por el foquismo”, pero también sostiene que Cooke se diferencia claramente del *Che* Guevara por su creencia de que la clase trabajadora era la mayor fuerza revolucionaria de la Argentina, y que la lucha armada debía coordinarse con la lucha de masas, v. Mazzeo, *op.cit.*, pág. 130.

³⁴ Mazzeo, *op. cit.*, pág. 136.

³⁵ Para el debate sobre la lucha armada en el PRT antes de la ruptura y formación del PRT – ERP, ver *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*, documento presentado al IV Congreso del PRT en febrero de 1968, En Mario Roberto Santucho, *Escritos*, (1968 – 1976), Ed. Kolectivo último recurso, págs. 15-37.

*“Las nuevas experiencias latinoamericanas introducen en el mundo de los revolucionarios a militantes-y-hombres-de-acción a la vez, que tienen una visión moral de la vida. Son hombres en el sentido pleno de la palabra”*³⁶ (en negrita en el original)

Hasta aquí se mantiene un equilibrio relativo, pero hacia el final del artículo se ordenan las definiciones de Debray en un decálogo sobre el aporte de la experiencia cubana a la revolución mundial, tensando el sentido de la misma forma en que se caracterizó al sujeto:

“1) La Revolución cubana ha introducido un nuevo tipo de articulación entre lo político y lo militar en la etapa insurreccional.

*2) Una nueva articulación del factor moral y el factor económico, de las condiciones objetivas y subjetivas, que se expresa en la preeminencia dada al estímulo moral respecto del estímulo material”*³⁷

En la primer cita, a pesar de la fusión posible entre el militante y el hombre de acción, en última instancia el factor moral (subjetivo) tiene la función de cerrar algo que en sí mismo parece incompleto, es decir, el militante aparece representado como engranaje del Partido (concebido como aparato), y este a su vez es una alegoría de la burocracia y por extensión del mismo sistema capitalista, si pensamos en otras dicotomías que atraviesan la obra de Debray, como ocurría con la oposición entre foco guerrillero y ciudad burguesa. En otras palabras, el militante partidario es una pieza o *parte* de un mecanismo de relojería, una víctima más de la alienación capitalista que impide la reconciliación con la totalidad, mientras que el hombre de acción encarna el universal de una auténtica comunidad revolucionaria, *“hombres en el sentido pleno de la palabra”*. ¿No es esta la operación retórica conocida como sinécdoque, capaz de reemplazar la parte por el todo, la especie por el género o viceversa?³⁸ El género humano reemplaza a la especie particular del militante, y el guerrillero concebido como un todo funde las particularidades del militante y del hombre de acción. Si bien el problema de la organización no está desarrollado sistemáticamente en el artículo que analizamos, una lectura de *Revolución en la revolución* contribuye a afirmar la hipótesis del deslizamiento de sentido:

“A la idea de que, en condiciones dadas, hay que subordinar las formas pacíficas de la lucha de masas a la lucha armada de masas, se ha opuesto a veces la idea de que semejante subordinación equivaldría a hacer depender la línea política del partido de vanguardia de la estrategia militar de

³⁶ *Cristianismo y Revolución*, nro. 5, pág. 13 (24 del original).

³⁷ *Cristianismo y Revolución*, nro. 5, pág. 14 (26 del original).

su aparato armado, y subordinar la dirección del partido a la dirección militar. De hecho, no hay nada de eso. Una vez más se ha olvidado, pese a las aquiescencias verbales, que **la guerra de guerrillas es de esencia política** y que no se puede, pues, oponer lo político a lo militar”³⁹ (el subrayado es mío).

La forma misma del enunciado traiciona su primera lectura: si bien un sentido posible de la frase subordina el aparato militar a la lógica política, es la política misma la que desaparece en el desarrollo del texto como esfera autónoma, disuelta por los conceptos militares que trasladan “la articulación entre lo político y lo militar” de un plano indiferenciado a un terreno donde los problemas de organización, de sujeto o de teoría se resuelven como objetos del discurso militar: la crítica militar de la autodefensa armada, o de la división entre mando militar y mando político en el partido de vanguardia son buenos ejemplos de este permanente deslizamiento de sentido⁴⁰. ¿Qué ocurre por último, con la teoría? El testimonio de Debray comenzaba su escritura ubicando como eje organizador del relato a la categoría *experiencia*, cambiando el lugar tradicional de la teoría, la organización y el sujeto con un punto de partida en aquel viaje de iniciación que le permite emanciparse de las cadenas teóricas del marxismo occidental:

*“Es el hecho de ver en el marxismo puro y simplemente el idealismo hegeliano puesto sobre sus pies. Dicho de otro modo: de hacer como si toda la historia estuviera desarrollada, de manera que no pudiera ya haber sino verificaciones de leyes análogas a las leyes matemáticas. Se olvida así la complejidad siempre innovadora de cada proceso histórico”*⁴¹

Debray escapa de la legalidad dialéctica mostrando una vez más su “fuga” práctica de la ontología althusseriana, refugiado en la singularidad imprevisible de la experiencia histórica. Aquí podemos trazar un paralelismo con las notas teológicas o político - teológicas características de los

³⁸ Diccionario de la Lengua Española. El uso de la retórica en el discurso político tiene una matriz de análisis en Ernesto Laclau, “Política de la retórica”, en *Misticismo, retórica y política*, FCE, 2002, págs. 57 – 100.

³⁹ R. Debray, *op. cit.*, págs. 142 – 143.

⁴⁰ R. Debray, *op. cit.*, págs. 125-130, 136, 138-144. Una resolución paradójica de esta tensión se produce si comparamos el humanismo que refleja la entrevista publicada por C & R hacia 1967 con la resignificación de las organizaciones armadas en los 70’. En C & R nro. 29 (1971) un documento de presos políticos peronistas expone que: “**La guerra revolucionaria es la guerra del pueblo. Por eso es una guerra que encauza militarmente una lucha de esencias políticas. En nuestro caso concreto, es la guerra que el pueblo desarrolla con todas sus movilizaciones y a las cuales la indispensable presencia de las organizaciones armadas eleva su nivel**” (el subrayado es mío), en Roberto Baschetti (comp.), *Documentos 1970 – 1973. Volumen 1, De la guerrilla peronista al gobierno popular*. Campana de Palo, 2004, pág. 243. En 1976 el problema de la organización ya se reduce al aparato militar, invirtiendo los términos entre el militante y el hombre de acción que aparece en C & R hacia 1967: en el nro. 11 de Evita Montonera podemos observar la siguiente frase: “...reconocer a las tareas militares como el aspecto principal de nuestra acción, basados en la concepción de que **si bien la guerra es la continuación de la política por otros medios, no se puede alcanzar objetivos políticos mayores si no se posee poder militar suficiente**” (el subrayado es mío), citado en Gillespie, *op. cit.*, pág. 248.

⁴¹ *Cristianismo y Revolución*, nro. 5, pág. 14 (25 del original). Subrayado en el original.

primeros números de *Cristianismo y Revolución*, donde autores como Miguel Mascialino, Jaime Snoeck o Miguel Grinberg apelaron a la historia para escapar del determinismo teológico e instalaron un plano de contingencia relativa en términos seculares. Esta presencia de la historia redefine el lugar de la teoría unas páginas más abajo con una cita de autoridad indiscutible:

*“Convendría decir que la teoría revolucionaria como expresión de una verdad social está por encima de cualquier enunciado, es decir: **que la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aún sin conocer la teoría**” (Comandante Ernesto Guevara en Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana)⁴².*

A partir de esta cita del *Che* podemos reflexionar comparativamente sobre el *status* de la teoría en Regis Debray y John W. Cooke: si bien el ex delegado de Perón rechaza la “pura teórica” separada de las acciones de masas, está más acá de Lenin cuando sostiene que la teoría es responsabilidad de la conducción, ya que el pasaje de la rebeldía a la revolución no surge espontáneamente por la práctica de las masas. Debray comparte con Cooke la creencia heterodoxa en la vanguardia como agente que crea las condiciones objetivas, pero la principal contradicción que aparece en relación a *Peronismo Revolucionario* es que en el artículo de 1967 la teoría ocupa un no-lugar. El marxismo es un método de análisis que refleja la práctica débil o fuerte de cada organización, mientras que el papel del teórico en la Revolución cubana es muy modesto, se reduce a “descubrir” el camino que los revolucionarios siguen inspirándose en la nueva situación histórica de América Latina⁴³. El desplazamiento de la teoría y su marginalidad subordinada a la experiencia histórica hace posible el vuelco a la acción que atraviesa la totalidad del discurso de Debray, del mismo modo que la legitimidad del Partido como agente político y representación de la totalidad había cedido el lugar al hombre de acción (símbolo de la voluntad revolucionaria y de la organización político militar).

Cristianismo y Revolución o la paradoja como trama simbólica de la palabra política

⁴² *Cristianismo y Revolución*, nro. 5, pág. 14 (25 del original). El subrayado es del original.

⁴³ *Cristianismo y Revolución*, nro. 5, pág. 14 (25 del original).

“...en sustancia, una palabra absolutamente genérica y con muchos matices puede convertirse de improviso en una palabra profundamente política”

Carl Schmitt, *Teoría del partisano* (1961)

John W. Cooke y Régis Debray comparten con ciertos matices una comunidad de modalidades enunciativas en la que ambos utilizan taxonomías flexibles (por ejemplo, tanto en *Peronismo Revolucionario* como en *América Latina. Teoría y revolución* aparece una definición más metafórica que conceptual de la forma partido). Sin embargo, existe una clara diferencia en el peso que les atribuyen a idénticos objetos, como ocurre con la teoría y el sujeto: para Cooke las masas son un sujeto estable que se constituyen como clase con el advenimiento del peronismo, mientras que para Debray la subjetividad nace de un acto contingente de decisión simbolizado por la Revolución cubana, lugar vacío que pueden ocupar indistintamente agentes de clase como el campesino, el obrero o la pequeña burguesía. La teoría representa para Cooke una guía para la acción, el mapa que permite a la vanguardia del peronismo revolucionario ubicar la ruta correcta elevando el nivel de conciencia de las masas. Para Debray, en cambio, es el simple espejo de la experiencia que los revolucionarios encuentran al final del camino. ¿Eso significa que las contradicciones dan cuenta de un discurso incoherente, de una práctica política sin sentido? Por el contrario, la oposición es consustancial al régimen enunciativo y lejos de alterar el orden del discurso, aseguran un desarrollo adicional del campo enunciativo, permiten la determinación de nuevos objetos y conceptos o modifican el campo de aplicación de los ya usados⁴⁴. El sentido se extrae de este aparente juego de suma 0 donde $1 - 1$ es igual a 2. La contradicción en las proposiciones contiene una carga positiva que permite orientar la acción militante en momentos de crisis y fuertes cambios en la relación política de fuerzas, entre la primer oleada represiva de la dictadura de Onganía a fines de 1966, la muerte del *Che* en Bolivia en octubre de 1967 y la caída de la guerrilla rural de las Fuerzas Armadas Peronistas en Taco Ralo en setiembre de 1968. Aquí la paradoja es la forma retórica del desplazamiento ideológico, la distorsión constitutiva de un sentido originario cuya forma ilusoria moviliza todo deseo revolucionario⁴⁵. Un ejemplo de esta fusión de contenidos heterogéneos lo da el testimonio de una militante del Comando Camilo Torres:

“Claro, yo pensaría en un ejemplo...a nosotros nunca se nos hubiera ocurrido referirnos al proletariado, porque en el lenguaje del pueblo argentino eran obreros, la palabra obrero sí, porque

⁴⁴ M. Foucault, *op. cit.*, pág. 260.

*el movimiento obrero, los obreros, que se yo..el obrero era la base del peronismo, digamos..(..)...el hecho de que la estrategia para llevar adelante la lucha armada en este primer período tenía que ver con la instalación de un foco, y de un foco rural..a pesar de que por otra parte también decíamos la mayor parte de la población en Argentina es población urbana, pero..de alguna manera también te ibas al campo porque era donde podías ser más invulnerable, y donde el aparato represivo..bueno, todos estos razonamientos que había en torno a lo del foco, pero supongo que se complejizaría un poco la cuestión esta del sujeto revolucionario con la cuestión del foco y después no se, la vanguardia o que se yo..pero lo del foco..bueno, por ahí tendríamos que haber problematizado más algunas cosas..(..)..para juntarlo con la cuestión religiosa, la acción nuestra sería la cuestión profética, porque aparte nosotros teníamos una ventaja, digo pensándola desde el nosotros cristianos peronistas, que para nosotros digamos, eso lo de la masa explosiva, existía esa masa explosiva con determinado grado de desarrollo de conciencia porque éramos peronistas, ventaja que no tenía la gente las organizaciones de izquierda, porque para las organizaciones de izquierda ellos iban a tener que concientizar a todo el mundo, digamos..en cambio, nosotros partíamos ¡claro! partíamos de una ventaja, digamos, que las condiciones objetivas que era la explotación, y que se yo cuanto, está dada para ambas miradas..pero nosotros, en cuanto a la cuestión esta de la creación del factor subjetivo, para la creación del factor subjetivo en realidad nosotros no lo teníamos que crear de la nada, porque ese factor subjetivo ya tenía un determinado capital político que era su identidad peronista, es como que nosotros íbamos a jugar el papel profético, digamos, es sólo la chispa que enciende la pradera, por eso creo ahí lo juntaría un poco con lo de Mao, supongo que de ahí es que haremos esta ensalada con el maoísmo...*⁴⁶

En el discurso de *Cristianismo y Revolución* el empleo diferencial de estas formas no es “un marco neutro para contenidos particulares, sino el principio mismo de su concreción, es decir, el ‘atractor extraño` que distorsiona, sesga, confiere un color específico a cada elemento de la totalidad”⁴⁷. En el vértigo del proceso histórico, los actores no registran a las diferencias como contradictorias: no hay polémica pero existen disidencias silenciosas, ya que la matemática de las diferencias sella el límite del efecto de unanimidad haciendo posible una trama simbólica coherente. Una parte de esta trama tiene que ver con aquel gesto de distanciamiento que aparece cuando se produce la recepción heterodoxa del marxismo y el peronismo, un acercamiento mediado por las lecturas de Cooke y Debray. Mientras tanto, los cristianos revolucionarios seguirían buscando en los bordes del peronismo y en la remota cuña boscosa de Santa Fe la chispa que enciende la pradera.

Documentos:

⁴⁵ Sobre el concepto de “distorsión constitutiva” aplicada a la teoría de la ideología como sentido originario de raíz ilusoria, v. Ernesto Laclau, “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología” en *op.cit.*, págs. 16 – 27.

⁴⁶ Testimonio de Graciela Daleo en entrevista realizada por el investigador junto a Antonia Canizo y Pablo Zelenay.

Cristianismo y Revolución, CEDINCI, 2003 (ed. digitalizada), nros. 2-3 y 5.

Entrevista a Graciela Daleo, Antonia Canizo y Pablo Zelenay (diciembre de 2006).

Bibliografía:

Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina (1955 – 1965)*, Temas Grupo Editorial, 2001

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina (1966 – 1973)*. Tomo I Ed. Norma, 2004.

Badiou, Alain, *El ser y el acontecimiento*, Ed. Manantial, 1999.

Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1970 – 1973. Volumen 1, De la guerrilla peronista al gobierno popular*. Campana de Palo, 2004.

Bensaid, Daniel y Fair, Alain, “El problema de la organización: Lenin y Rosa Luxemburgo” en AAVV, *El desafío de Rosa Luxemburgo*. Bs. As., Proceso, 1972

Borges, Jorge Luis, *Ficciones*, Emece, 1965.

Cooke, John William, “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, en *Pensamiento de los confines* n. 14, FCE, 2004.

- “Apuntes sobre el Che”, en *La escena contemporánea. Revista de política*, n. 3 (octubre de 1999).

Debray, Régis, *Revolución en la revolución*, selección de textos publicados en *Lucha Armada en la Argentina* nro. 1, pág. 122 – 144.

Fanon, Franz, *Los condenados de la tierra*. FCE, 1972.

Foucault, Michel, *La arqueología del saber*. S. XXI, 2002.

Gil, Germán, “Cristianismo y Revolución: una voz del jacobinismo revolucionario en la Argentina”. Estudio incluido en la edición digitalizada de *Cristianismo y Revolución*, CEDINCI, 2003

Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalbo, 1987.

- *John William Cooke. El peronismo alternativo*. Ed. Cántaro, 1989.

Goldar, Ernesto, *John William Cooke y el peronismo revolucionario*, CEAL, 1985.

González, Horacio, “La revolución en tinta limón. Recordando a Cooke”, en *Unidos. Publicación bimestral de la Fundación Unidos*, nro. 11 / 12 (1986).

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre el estado y la política moderna*, Nueva Visión, 2003.

- *Escritos políticos (1917 – 1933)*, S. XXI, 1998.

Laclau, Ernesto, *Hegemonía y estrategia socialista*. FCE, 2004.

- *Misticismo, retórica y política*, FCE, 2002.

Lenin, Vladimir, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Ed. Anteo, 1960.

⁴⁷ S. Zizek, *A propósito de Lenin*, Ed. Atuel, págs. 43 – 44.

Mazzeo, Miguel (comp.), *Cooke, de vuelta (El gran descartado de la historia argentina)*. La Rosa Blindada, 1999.

Morello, Gustavo, *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina* (UCC, 2003).

Santucho, Mario Roberto, *Escritos*, (1968 – 1976). Kolectivo ed. Último recurso, 2006.

Schmitt, Carl, *El concepto de 'lo político'. Teoría del partisano. Notas complementarias al concepto de lo 'político'* (edición preparada por José Aricó) Folios Ediciones, 1984.

Terán, Oscar, “Lectura en dos tiempos” en revista *Lucha armada en la Argentina*, nro. 1, pág. 12 - 15.

Vitale, Luis, *De Bolívar al Che. La larga marcha por la Unidad y la Identidad Latinoamericana*. Bs. As, Ed. Cuscaña, 2002.

Zizek, Slavoj, *A propósito de Lenin*. Atuel, 2004.

- *El espinoso sujeto*, Paidós, 2007.